



Cristianismo y nuevo orden mundial

PEDRO TRIGO

UN PROBLEMA AL ALCANCE DE NUESTRAS MANOS

Hay que confesar la desmesura que supone hablar de estos temas. Un tema que aun a Kissinger se le escapa de las manos ¿no es absolutamente irreal que lo tratemos nosotros? Si sólo se conoce lo que se es capaz de transformar ¿qué relación puede haber entre lo que podamos proponer en nuestras palabras y nuestra capacidad de dar contenido histórico a nuestras proposiciones? ¿Podemos aspirar a algo más que a una lucidez deseosa pero impotente? ¿No sería mucho mejor que nos dedicáramos a ser un poco mejores y a estudiar la manera cotidiana de serlo? ¿No estamos hartos de grandes palabras? ¿No necesitamos más bien pequeñas reformas tangibles, reales?

Creemos que todas estas preguntas son muy reales. Pero a nuestro modo de ver no sólo no invalidan el que nos ocupemos de temas como cristianismo y nuevo orden mundial sino que hacen ver la necesidad, la urgencia de que esos planteamientos se generalicen, no se abandonen en manos de especialistas, y se profundicen, no se abandonen al entendimiento especulativo sino que sean planteamientos vitales, que sean la toma de conciencia general de cuál es el sentido de la crisis en que vivimos en nuestra vida cotidiana.

Porque, si es cierto que la inmensa mayoría de la humanidad padecemos las consecuencias de un orden mundial que ha dejado de ser funcional para la mayoría, es irracional que dejemos en manos de la minoría que disfruta de este falso orden el problema de pensar en cambiarlo. ¿Cómo no se le va a ir de las manos a Kissinger el problema del orden mundial si es un problema en gran parte creado por él? Si él, es decir las compañías multinacionales y el Estado que las sirve al cual él representa, sólo son capaces de ver una amenaza para sus intereses en el intento de crear un orden nuevo ¿cómo podemos delegar nosotros en ellos la misión de crearlo?

Pero, por otra parte, si ellos no quieren crear este orden nuevo; más aun si ellos quieren no crearlo ¿quién lo va a crear? ¿Acaso nosotros?

Si no creemos en seres extraterrestres, si tampoco creemos que Dios actúe má-

gicamente, al margen de la historia, sólo nosotros podremos crearlo. Y lo que nosotros no hagamos quedará sin hacerse. Pero esto es difícilísimo porque nosotros formamos parte del orden actual. En posición dependiente, subordinada, pero estamos dentro. No hay, hablando estrictamente, marginados. El orden actual no podría mantenerse si el pueblo no trabajara en provecho del capital, si el pueblo no consumiera lo que, sin conciencia de sí, sin conciencia social, el mismo pueblo ha producido al servicio del capital y para su beneficio. Pero ¿qué remedio le queda al pueblo! ¿Acaso puede hacer otra cosa? ¿Es concebible algo así como una huelga social? Si al pueblo le programan el trabajo, el descanso, el pensamiento, el sentir, el deseo y el temor ¿cómo podremos capacitarnos, adquirir un poder racional suficiente para lograrlo? Hasta ahora los partidos y los sindicatos no lo han podido lograr, y aún no se han podido encontrar nuevas formas.

Queda el hecho paradójico de que este orden social concebido para el disfrute de la burguesía está sin embargo sostenido por el pueblo que lo padece. Es decir, que si nos limitamos a cumplir nuestro rol social estamos robusteciendo a este sistema social que nos oprime. Es decir, que el único modo actual de ser personas es luchando para que los que nos sucedan puedan serlo. Puede parecer muy duro, pero eso es lo que nos ha tocado, y va para lar-

go. Seguro que no nos tocará ver el éxito de nuestros afanes. Pero la única alegría hondamente humana que nos es posible gustar, hoy es la que a veces nos vendrá por añadidura si nos dedicamos a luchar por un nuevo orden social, a salir de un modo u otro hacia el futuro que aún es desierto inhabitable.

LOS CRISTIANOS ACTUALES ¿QUIEREN UN NUEVO ORDEN MUNDIAL?

Pero todo lo que hemos dicho ¿tiene algo que ver con el cristianismo? Por de pronto se impone la constatación de que, aunque hay fuertes grupos de cristianos en el Africa negra, aunque es cristiano el pueblo oprimido de Latinoamérica, sin embargo la mayoría de los cristianos pertenece al Occidente desarrollado que ha creado este orden social injusto para su usufructo privado.

Es cierto, por otra parte, que muchos obispos y sobre todo el Papa no han cesado de clamar últimamente por una mayor justicia internacional, por el establecimiento de unas relaciones más igualitarias y fraternales. Pero no es menos cierto que estas mismas voces se han vuelto reticentes, desconfiadas y a menudo hostiles a todo lo que pudiera significar una quiebra de este orden injusto. Tal vez la palabra desorden sea más temible para la institución eclesiástica que la palabra injusticia. Es cierto que el célebre documento de Medellín sobre la Paz dice más bien lo contrario. Pero no ha habido ocasión en estos seis años en que no haya sido desmentido o por lo menos desvirtuado.

Podemos hablar de Néstor Paz o de Camilo Torres muriendo por un nuevo orden social y del cardenal Spelman bendiciendo a las tropas invasoras que masacraban a un pueblo por el delito de querer ser libre. Tendríamos que hablar de la actuación valiente de las comisiones pontificias

de Justicia y Paz y de algún episcopado como el paraguayo y de la ingenua creencia de muchos pastores de que hay que bendecir a los que nos gobiernan —sea quien sea— y dedicarse pacíficamente a la misión “espiritual”. Y está el sentir del pueblo cristiano que lo que busca y lo que pide a Dios es pan, trabajo, solución de problemas familiares, paciencia: es decir, vivir.

Entonces ¿tiene que ver algo el cristianismo con un nuevo orden mundial? Y si tiene que ver cómo se explica el actual estado de cosas?

VISION CRISTIANA DEL HOMBRE EN LA HISTORIA

La Iglesia ha proclamado siempre que Dios creó al hombre como un ser social para que por el trabajo esforzado y compartido dominase la tierra y se humanizara a sí mismo. Ella ha proclamado más: que Dios llama a toda la humanidad a participar de su vida. Pero no de un modo extrahumano, desencarnado. Dios aparece como verdadero hombre para ser el primogénito de esta humanidad de hijos de Dios. Así pues todos los hombres somos llamados a la tarea de construir históricamente la fraternidad. Para eso Dios ha derramado sobre nuestros corazones un espíritu de hijos, el Espíritu de su Hijo Jesús.

Es decir, que el cristianismo tiene que ver con la historia humana. Y precisamente con el dinamismo histórico de esa historia más que con sus cristalizaciones provisionales. Nunca el cristiano podrá considerar a la raza, a la clase social, a la nación o a la familia como absolutos. El único absoluto es para él ese futuro que construye y espera en que la humanidad sea una sola familia, una humanidad unificada y liberada que pueda decir con toda verdad Padre Nuestro. Entonces la persona humana estará consumada. Mientras tanto la clase social, la nación o la familia tienen sentido en cuanto que son momentos de este caminar, y por eso deben transformarse para no perder su orientación al futuro total.

Por eso el hombre cristiano es un hombre católico, referido a la totalidad, es decir universal.

LA IGLESIA COMO INSTITUCION HISTORICA

Sin embargo, en su desarrollo histórico la Iglesia “corre la suerte temporal del mundo” (G.S.40). Por eso lo que ella proclama siempre, sólo poco a poco, progresivamente, puede ser realizado, ya que ella misma, como el resto de la sociedad, depende también para lograrlo “de las realidades externas”, es decir, “de todo el que promueve la comunidad humana en el

orden de la familia, de la cultura, de la vida económico-social, de la vida política, así nacional como internacional” (G.S.40).

En concreto, por la eventualidad histórica de su nacimiento en el seno del imperio romano, la Iglesia católica ha estado muy estrechamente ligada a Occidente. Claro está que siempre proclamó la catolicidad, o sea su trascendencia de toda raza o nación: sólo ha entendido su misión como purificar, elevar y llevar a su cima “cuanto de bueno se halla sembrado en el corazón y en la mente de los hombres o en los ritos y culturas de los pueblos” (AG 9). Pero hasta ahora esta catolicidad sólo ha tenido una expresión muy limitada. Hasta ahora la Iglesia católica no ha sido capaz de integrar, sin absorber, conjuntos culturalmente diversos: Así pasó en la antigüedad con los sirios, los armenios y los coptos —hay que notar que la denominación de melkitas dada a las minorías católicas significaba precisamente partidarios del emperador—; así pasó en la alta Edad Media con los bizantinos; así al abrirse la Edad Moderna con los reformadores alemanes, suizos o ingleses; así pasó en gran parte en la evangelización colonizadora de América Latina; lo mismo en la India y la China en el siglo XVIII —la llamada cuestión de los ritos chinos y malabares—; y más aún en la evangelización de China o del Africa en nuestro siglo. Hasta ahora, salvo minorías insignificantes, la Iglesia católica al pretender evangelizar católicamente inconscientemente ha latinizado. La evangelización ha ido estrechamente ligada a la expansión del Occidente. No se ha diferenciado radicalmente de ella. Ni esto era posible ya que se vivía en un régimen de cristiandad. En el seno de este régimen la diferenciación respecto de la sociedad civil sólo podía consistir en un amor de corazón —no en una estimación intelectual— a estos pueblos, en la corrección de abusos, en reformas reales pero limitadas.

Esto no es ningún escándalo. Es la constatación de que efectivamente la Iglesia “depende de las realidades externas” (GS 44), de que efectivamente “corre la suerte temporal del mundo” (GS 40). Pues bien, hoy esas condiciones han cambiado. El proyecto de un orden mundial con el Occidente como centro se ha revelado como injusto e inviable. Y con él el sueño de una catolicidad basada en un régimen de cristiandad, es decir el proyecto de una universalidad cristiana basada en una sociedad y en un Estado oficialmente cristianos, también se ha revelado como injusto e inviable. La inviabilidad del proyecto por la sublevación de las colonias fue lo que hizo ver la injusticia que encerraba, cómo se basaba en la anulación de la personalidad de los otros —individuos y culturas.

Hoy es posible una Iglesia pluralista

que confirme y robustezca el policentrismo de un nuevo orden mundial y lo llene de contenido por la cooperación y la comunión. Las Iglesias del Occidente están llamadas a relativizarse, a despojarse de su liderazgo y a señalarse en el humilde servicio. Pero el principal papel toca a las Iglesias del Tercer Mundo, y algunas Iglesias africanas lo comienzan ya a asumir dramática pero valientemente.

Este sería hoy el servicio de la Iglesia al mundo, y por lo tanto la justificación de su existencia. Sólo entonces sería verdad aquella palabra del Concilio de que la Iglesia “aunque muchas veces aparezca como una pequeña grey, es, sin embargo, germen firmísimo de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano” (LG 9).

Pero la condición de posibilidad de ese servicio es que la Iglesia se ponga decididamente en camino hacia ese nuevo orden mundial. Porque la salvación cristiana no es posible en este orden internacional. Supongamos que todos los hombres del mundo se hicieran de corazón cristianos, se esforzaran por cumplir cabalmente los mandamientos y participaran al unísono de los sacramentos. No por eso se habría alcanzado la liberación cristiana. Se darían ciertas condiciones subjetivas importantes, más aun imprescindibles para lograrla. En esta hipótesis imposible se habría alcanzado la liberación de la conciencia. Pero no aún la liberación de la realidad. En esta hipótesis se daría la aceptación del don de Dios, pero ese don aún no habría germinado en el tiempo y en el espacio, aún no se habría hecho carne en la historia. En esta hipótesis el vietnamita y el agresor estadounidense, el obrero y el patrón, el indio, el negro y el blanco, el joven y el adulto, el varón y la mujer se sentirían realmente hermanos, pero esa hermandad aún no sería del todo real mientras no quedara expresada en unas costumbres nuevas, en unas instituciones económicas y políticas y en unas relaciones sociales que transparentaran esa fraternidad en vez de contradecirla, que la hicieran posible históricamente en vez de sabotearla.

Naturalmente que tanto la hipótesis de una conversión universal y radical como la de unas instituciones justas, dinámicas y fraternales son hipótesis utópicas. Pero la historia para el cristianismo sólo puede consistir en el caminar terco, a tientas, paciente, creador y envuelto en contradicciones y luchas hacia esa utopía. El que piensa que nada nuevo hay bajo el sol está incapacitado para recibir la Buena Nueva: no puede ser cristiano.

Pues bien, ese nuevo orden internacional, que es un paso en el camino de la humanidad hacia su liberación integral, va unido al surgimiento del Tercer Mundo. Y el surgimiento del Tercer Mundo significa



el surgimiento de sus pueblos; que es también el rescate de sus élites, vendidas hasta ahora y subordinadas al Occidente desarrollado.

De esta manera tendríamos que la existencia de la Iglesia dependería hoy de una opción política muy concreta: la opción por el Tercer Mundo, por los pueblos del Tercer Mundo. Esta opción sería una expresión histórica mucho menos imperfecta, más cabal de la catolicidad, que es la nota más distintiva del ser cristiano. Y esta opción de la Iglesia sería a su vez entonces un valioso fermento para lograr este nuevo orden internacional. Sería el modo limitado, pero concreto, como la Iglesia sería hoy sacramento universal de salvación para el género humano.

LO QUE NOS TOCA A NOSOTROS

Pero es en nuestro continente donde está sobre todo en juego la capacidad de la Iglesia católica de representar nuestros genuinos intereses y aspiraciones y contribuir a su consumación (AG 9). Y aquí el problema es más sutil porque, si aparece claro que no somos completamente diversos del Occidente, para no pocos no aparece tan claro que no seamos iguales —aunque menos desarrollados. Ahora somos —y particularmente en Venezuela— una Iglesia satélite. No una genuina Iglesia nacional. Y la comunión católica sólo puede establecerse si existen Iglesias locales. Nuestra situación eclesial aún sigue representando la realidad de otra época histórica en que la Iglesia universal no fue capaz de mantener su unidad sino como uniformidad, como romanización. No se trata de criticar a esa época sino de proclamar que ya debe dar paso a otra. Hoy es posible dar un contenido más real, más pleno a la catolicidad.

Claro está que para eso nuestra Iglesia tendrá que optar. Tendrá que dejar de representar la unión abstracta, encubridora de todos los venezolanos, para defender

los intereses nacionales que son los del pueblo. Para eso el pueblo tendrá que ser cada vez menos el pueblo que escucha para pasar a ser más el pueblo en marcha hacia la liberación integral. Y el servicio de los cuadros institucionales —como la otra cara del llevar a los hombres a Dios— sería entonces el que ya bosquejó Medellín: “Alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia” (2,27).

No es necesario decir que estamos muy lejos de esto. Pero lo que tal vez sea conveniente apuntar es que con timidez, con escasez de recursos, pero de una manera bien real hay grupos en nuestra Iglesia que están haciendo camino. No cabe aquí ningún orgullo —todo es desmesadamente pequeño— pero creemos que es bueno tomar conciencia de que cristianos venezolanos tienen hoy ya cierta significación nacional.

En esta opción de los que tienen poder en nuestro país a favor de la dependencia económica, política, técnica y cultural; en esta opción por derrochar el presente aunque se hipoteque toda posibilidad de futuro; en esta opción por el disfrute irracional al que se invita también a participar al pueblo; en esta situación nacional signada por esta opción antinacionalista hay grupos de cristianos que con sencillez, con paciencia, con fortaleza emprenden el camino de quitarse los disfraces, aprender lo que somos, no venderse, no halagar, entrañarse en el pueblo, retornar al interior. La mayoría no tiene vocación política, no aspira al poder sino a potenciar al pueblo; son de un modo u otro educadores, acompañantes, animadores.

Hoy estaría bajo el servicio profético en nuestra Iglesia. La representación más institucionalizada de nuestra Iglesia distaría mucho de apuntar hacia ese nuevo orden; salvo excepciones, para muchos, se-

ría el símbolo más bien de los elementos más tradicionales del orden establecido. Pero en nuestra Iglesia existe viva una cierta presencia animadora. Y también habría que tener en cuenta el servicio de las organizaciones tradicionales religiosas, pues aunque su influencia social es indirecta y no debe extrapolarse, no por eso deja de ser en muchos casos purificadora, profunda y estable. Creemos que aunque con lentitud, con vacilaciones, en nuestra Iglesia se ha desatado un proceso. Hoy existen no pocas parroquias que intentan con grandes dificultades evangelizar y organizar comunidades cristianas y estimular a todo el que intenta organizarse al servicio del pueblo. Hoy grupos como la Legión de María siguen dando cuadros de personas responsables y honestas que no se venden y que siguen entrañados en el pueblo. Hoy se nota un nuevo impulso de catequesis que toma en cuenta los requerimientos de nuestra situación y que es llevado a cabo en gran parte por el mismo pueblo, en especial por elementos sanos y dinámicos del magisterio. Se organizan cooperativas, grupos culturales y deportivos. Toma cierto impulso la alfabetización y educación popular. Para todo esto se desplazan a medios populares y al interior sacerdotes y sobre todo creciente número de religiosas . . .

Frente a proyectos como Pentacom, frente al creciente índice de desempleo, frente a la dependencia tecnológica, frente a la corrupción global ¿qué pueden significar estas pequeñas cosas a que hemos aludido? Puede ser que nada o mucho. Está por verse qué dará de sí el fermento. Es la comparación de un presente inflado con un futuro vacilante y amenazado. Claro está que para el cristiano la comparación no está entre este orden injusto y los cristianos, sino entre este orden injusto y las virtualidades del pueblo y de otros hombres de buena voluntad, ya que la Iglesia sólo se entiende como un servicio a estas virtualidades, de las que participa.

No creemos que deba sobreestimarse la influencia del cristianismo en la construcción de un nuevo orden mundial. Pero también pensamos que será un ingrediente imprescindible. La Iglesia tiene sobre todo el fermento del evangelio que es precisamente la Buena Nueva de que en el mundo hay una fuerza que pugna invenciblemente por sobrepasar históricamente todas las fronteras entre los hombres. Está por otra parte la organización de la Iglesia, que con las limitaciones y los errores de toda organización social, criticada siempre y animada por ese fermento evangélico, se esfuerza por descifrar los signos de los tiempos para responder a las exigencias de Dios que no son otras sino que el hombre viva, es decir su liberación integral.